



Son muchas las escenas que me vienen a la cabeza al recordar a Adriana. Algunas de las más fuertes tienen que ver con el verano del 2006, con la organización del acto por los 30 años del golpe. Vero, compañera de la AEDD (y por entonces de la Asociación Anahí) me había invitado al equipo de prensa del Encuentro Memoria Verdad y Justicia. Todavía no conocía mucho de la historia de Adriana, pero lo que recuerdo es que me impactó de inmediato su capacidad de escucha y organización, en aquel rol de coordinación que sostenía junto con Diana Kordon en las reuniones en la Federación de Asociaciones Gallegas.

Adriana era alguien con una energía incomparable. Estaba en todos los detalles, atenta a cada colectivo que se sumaba, a interiorizarse con cada lucha, a contener cada reclamo y a que no hubiera ni un error de tipeo en un texto publicado. Además, sabía delegar y enseñar con su ejemplo cómo concretar cada trabajo de la mejor forma posible. Nada fácil. Cómo hacer una síntesis cuidadosa de una reunión de más de 300 organizaciones, cómo establecer contactos con gente de todo el país y del exterior para construir una agenda común, cómo revisar una y otra vez el documento, todas las veces que hiciera falta, para garantizar los consensos necesarios para que hubiera uno solo... El tema es que todo ese esfuerzo, todas las noches sin dormir, no pudieron evitar que aquel fuera un año de rupturas en el movimiento de derechos humanos, por diferencias de principio respecto del rol específico y los alineamientos políticos, que se ahondaron después de la segunda desaparición de Jorge Julio López.

En ese escenario, la línea de Adriana, la línea de la AEDD, era y sigue siendo clara en términos teóricos y prácticos: en tanto los derechos humanos han sido y pueden ser violados por el Estado, los organismos de derechos humanos no deberían perder su independencia ante ningún gobierno. Su rol en la sociedad tiene que seguir siendo levantar la voz ante cualquier injusticia, estar alerta ante cualquier hecho de violencia institucional y dispuestos a denunciar las continuidades que son garantía de impunidad en el presente...

Por eso pienso en Adriana y pienso en ese legado que contribuyó a forjar en aquellas jornadas tan duras junto a entrañables compañerxs. Y también pienso en las dificultades que implica entregarse plenamente a esas definiciones, a esa construcción de una sociedad más justa, guardando en el cuerpo todas las memorias, con una coherencia que la alejó de los bronces y la volvió una referente inolvidable del campo popular.

A diez años de su partida, Adriana sigue presente y su ejemplo tiene mucho por seguir enseñando.

Lucía Abbattista

Integrante de la Asociación Anahí

Prosecretaria de DDHH de la FaHCE-UNLP